

LOS MARIDOS ARTÍSTICOS

Los periódicos han relatado que un divo consorte ha abofeteado a un crítico, porque éste puso ciertos reparos a la labor de la artista. ¡Los hay como fieras, Baldomero!

Estos maridos de tipos son atroces, y si el procedimiento cunde, no va a haber más remedio que, antes de juzgar a una actriz, enterarse bien de la familia que tiene, no sea que uno diga que no llega al *fa* ó que en la quinta redondilla se ahoga y salga un cuñado o primo segundo y nos dé dos puñetazos en la nuca. Porque, para ellos el *fa* será cosa respetable, pero para mí, la nuca ¡es sagrada!

Claro está que la mayoría de los maridos artísticos no apelan a ese procedimiento, si no que, por el contrario, cuando más descuidado está usted llegan por detrás, le soplan cariñosamente en el cogote, para inspirarle confianza, y le dicen:

—¿Ha visto usted cómo ha dicho Ramona la escena con el senador?

—¡Ah, sí! Admirablemente. Yo me he creído que asistía a una sesión, con votación nominal y todo, en la alta Cámara.

—No es porque sea mi señora, pero tiene un talento que no le cabe en la cabeza.

—Traiganlo ustedes en una maleta.

—Y aún hay quien recuerda a Matilde Díez y a Bárbara Lamadrid! ¡Envidiosos! Yo no diré que sea mi señora una Matilde, pero una Bárbara sí que lo es.

Y, efectivamente, la actriz que en aquel momento está en escena, para justificar semejante calificativo, da un empujón al barba que por poco le descaracteriza.

—¿Eh, qué tal?—dice el marido entusiasta, y corre a felicitar a su señora tan pronto sale de escena, viéndose usted en el caso de unir sus alabanzas a las del esposo.

—Bien, Ramoncita, bien. Ese empujón que ha dado usted a Ramirez, ¿lo ha aprendido usted de D. Julián Romea?

—No, señor; ha sido esta mañana en casa regañando con la criada. Figúrese usted que la encargué cuarto de kilo de merluza, porque yo las noches que hago obras muy dramáticas necesito comer pescado blanco, ¿y qué dirá usted que me llevó?

—Un acordeón.

—Bofes de carnero. Entonces la empujé contra el fregadero, y tan bien me salió la actitud, que esta noche la he utilizado.

—Ya, como si quisiera usted que también el barba echara los bofes.

Un marido celoso del prestigio artístico de su mujer, no debe desperdiciar ningún momento de su vida, y así, a lo mejor, se va a visitar a uno de estos matrimonios y se encuentra a la mujer ensayando gestos ante el espejo, mientras el marido está batiendo furiosamente un huevo para hacer salsa mayonesa.

—Usted dispensará que le recibamos de este modo, pero los artistas no tenemos tiempo para nada.

—¡No faltaba más! Se prepara el almuerzo, ¿eh?

—No, señor; es que con esa salsa que está haciendo Aquilino, me caracterizo yo luego.

—¡Recontral! ¿Sale usted de plato de pescado?

—De egipcia, y me da un color a la cara que parece que me he pasado la vida frente a las Pirámides. Además, cuando acabo de trabajar me la quita con una cucharilla el traspunte y la aprovecha al día siguiente para comer.

El marido, que distraído con la conversación se encuentra con que está revolviendo con la yema del dedo gordo, se cree en el caso de intervenir haciendo unas cuantas alabanzas sueltas de su esposa.

—No sabe usted lo escrupulosa que es ésta para el teatro. ¿Sabe usted con qué salió a representar el papel de esclava la otra noche?

—Con unos grilletos que la proporcionaron en la Cárcel Modelo.

—No, señor; con las botas de la criada. Este rasgo de verdad artística entusiasmo de tal modo al divo consorte, que se descuida y vierte parte de la mayonesa en la estera.

—¡Aquilino, por Dios!

—Dispensa, pero es que pienso en lo que tú trabajas, mientras hay otros sinvergüenzas que salen a escena de cualquier drama. ¿Usted vió el otro día a la Ruibarba en ese drama modernista?

—No.

—Bueno, pues hacia de Isabel la Católica y sacaba mitones. ¿Usted ha visto a alguna reina con mitones?

—Yo he tratado pocas, pero, la verdad, no me parece apropiado.

—¡Qué ha de ser! Si no fuera porque estoy ocupado, le enseñaría unos guantes bordados con lentejuelas que tiene ésta para cuando hace de duquesa para arriba.

Estos maridos artísticos son los que deben existir y no los que abofetean y se enfadan.

—¿Ha visto usted lo que dice el crítico del *Organo Indivisible*, de su señora de usted?

—Sí, ya lo he leído. ¡Valiente trasto! La tiene tirria porque el otro día vino a pedir la toquilla prestada para una señora que estaba con él en la cuarta fila, y mi señora no quiso dársela. ¡Ya verá usted cuando yo le vea!

Efectivamente, si el pobre escritor acierta a pasar por allí, el marido procura pisarle y se le enseña a los tramoyistas para que le den con un rompimiento de selva ó le echa unas miradas furiosas como, diciendo:

—¿Con que mi señora no es distinguida? ¡Ya te diría yo si te cogiera en la Moncloa...

¡Los hay terribles!...

A. R. BONNAT

... LE OFRECEN SU CASA

SAINETE RELAMPAGO

PERSONAJES: Doña Cruz y su hija Fe.—Doña Luz y su hija Sol.

DOÑA CRUZ.—¡Jesús! ¡Cuánto bueno por aquí! Pasen ustedes y tomen asiento donde puedan... ¡está ésto tan revuelto!... Aún no hemos acabado de colocar los muebles... Ustedes disimularán...

DOÑA LUZ.—(Sentándose). Ya sabe usted que nosotras disimulamos siempre. Recibimos ayer su ofrecimiento de casa; ésta (por Sol), tenía gana de ver a esa (por Fe); con que dije a ésta: «pues vamos»; pero... ¡qué mudanza tan inesperada!

DOÑA CRUZ.—¡Un trastorno atroz, doña Luz! Pero nos ha fastidiado la Gran Vía. Ya ve usted, ¿a qué vendrá esa obra? ¡Tan acostumbradas como estábamos nosotras a nuestro piso! ¡No saben qué inventar!

SOL.—Y que la casa de ustedes era de lo mejor...

DOÑA CRUZ.—Hemos vivido allí doce años tan ricamente. Eso, sí; en la casa sólo había un retrete en el fondo de la cocina, pero como no tenía agua, no había humedad.

DOÑA LUZ.—Y eran buenas las habitaciones.

DOÑA CRUZ.—Eso, sí.

FE.—No digas, mamá; lo de la calle era claro; ¡pero lo otro!... y en cuanto a salud (a doña Luz), mamá y el abuelito no hacían digestión buena.

DOÑA CRUZ.—El médico lo achacaba a que todo lo de dentro lo teníamos pequeño y muy obscuro. Pero los médicos...

DOÑA LUZ.—¡No hay que hacerles caso!

FE.—Y no paraban las muchachas en casa, porque su cuarto era tan chiquito, que no se podían peinar; ¡ni sitio tenían donde revolverse!

DOÑA CRUZ.—¡No veo qué necesidad tiene una criada de revolverse!

FE.—Vamos, mamá; ¡si la chica no tenía más que cuatro pies para todo!

DOÑA CRUZ.—Para una criada es bastante. Estas niñas de hoy día, no sé qué se figuran...

DOÑA LUZ.—No le extrañe a usted; la inexperiencia...

SOL.—Y su papá, doña Cruz, ¿está contento en su nueva casa?

DOÑA CRUZ.—¡Desesperado! Como no puede prescindir de ir a dar vueltas por la Puerta del Sol de once a una, y allí estaba tan cerquita.

DOÑA LUZ.—Aquí tiene al lado el Parque del Oeste y Rosales.

DOÑA CRUZ.—A él no le saque usted de la Puerta del Sol. Dice que en ningún lado tose con tanta facilidad como allí.

DOÑA LUZ.—Muchas veces le hemos visto dando vueltas a esa hora...

DOÑA CRUZ.—Entre Montera y Preciados. Ayer se puso furioso, porque leyó en uno de esos periódicos que de todo hacen burla, que el alcalde iba a repartir escobas a los que van allí a estorbar el tránsito, y a obligarles a hacerse útiles barriendo la acera.

DOÑA LUZ.—Y aquí, ¿están ustedes anchos?

DOÑA CRUZ.—Las alcobitas son pequeñas y tienen poca ventilación, y en el comedor nos sentamos de medio lado; pero esta sala con dos balcones es lo mejor de la casa.

DOÑA LUZ.—Sí que es hermosa.

DOÑA CRUZ.—Mi esposo quería poner aquí el comedor, pero la sala es indispensable para una familia decente.

DOÑA LUZ.—Los hombres no comprenden ciertas cosas; luego viene un día en que la echan de menos.

DOÑA CRUZ.—En casa, como somos tanta familia, están viniendo santos a cada momento y si no hay una sala *aparte*, ¡qué dirían!

DOÑA LUZ.—Tiene usted razón; pero los jóvenes... Eso mismo les digo a ésta y a su novio, que están poniendo la casa; pero el novio de ésta dice que debía obligarse a los caseros a cambiar el reparto de todos los pisos de veinte pisos para abajo.

SOL.—Y tiene razón, mamá.

DOÑA LUZ.—Calla, calla. ¿Qué has de decir tú ahora, sino lo que diga tu novio? No harás lo mismo cuando lles un año de casada.

DOÑA CRUZ.—¿Cómo se conoce que es usted mujer de experiencia, doña Luz! En fin; ¿quieren ustedes pasar a ver su nueva casa? Por aquí...; cuidado, que está algo obscuro...; sigan todo el pasillo detrás de mí...; aquí hay una puerta...

DOÑA LUZ.—Ya; ¿es la carbonera?

DOÑA CRUZ.—Es nuestra alcoba, doña Luz.

FERNANDO PONTES

EL TALENTO DE LOS ANTIGUOS

¿Tenían más ó menos talento que nosotros nuestros antepasados? Este interesante asunto aparece estudiado en un curiosísimo artículo que publica la revista *Por Esos Mundos* en su número del mes actual que acaba de ponerse a la venta.

Avaloran, además, dicho número artículos de interés tan excepcional y de actualidad tan palpitante como *La guerra de los microbios en el organismo humano*, *El dramaturgo y el teatro*, recuerdos de *La guerra de Africa de 1859-60*, *Cómo se prepara Alemania para un conflicto armado*, *La organización de los criminales en Norte América*; noticias acerca de *Ronda, la ciudad moruna*, que ha puesto sobre la atención popular las fantasías del yanki Mr. Perin; *El monumento a Moret en Cádiz*, *La prisión celular de Fresnes*, continuación de *La novela de Toledo*, *Los caballos salvajes*, *El monje filósofo y la divina enamorada*, *Las sorpresas de la lotería*, *Los amores de Horacio*, escenas baturras de un *Idilio campesino*, *Lucha de idealismo*, el cuento de Nochebuena *El joyero*, el artículo humorístico *La peinadora*, *Poesías*, *Curiosidades*, *Inventos*, etcétera, etc.

Precio del ejemplar de 108 páginas con cien ilustraciones 60 céntimos en toda España.